



ROSARIO FERRÉ

## AL ENTRAR A LA ACADEMIA\*

*Esta lengua que sostiene mi alma  
me ha llegado de lejos cargada de honores  
y de significados profundos  
como el esqueleto sostiene mi cuerpo*

**I**ngresar como miembro honorífico a la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española es una distinción que agradezco profundamente. No sólo se trata de un reconocimiento por el cumplimiento de un deber cívico, sino de un deber espiritual. La lengua es como la sangre, irriga todo nuestro ser y nos hace seres humanos. Dice Unamuno que es la “sangre” de los pueblos. Define y describe; sienta límites y normas de propiedad y de conducta. Prueba de ello es la batalla por la lengua española que esta asociación ha luchado por preservar en Puerto Rico.

Este nombramiento me remite a aquellas personas que hicieron posible mi desarrollo como escritora puertorriqueña: en primer lugar a mi madre, Lorencita Ramírez de Arellano, quien se graduó de la UPR en el 1926 con una especialidad en educación y en español. Fue ella quien despertó en mí el amor por la literatura española y fue en su libro lleno de apuntes que leí por primera vez al Arcipreste de Hita. También quiero agradecer a Margot Arce de Vázquez, Manuel Porras Cruz, Pablo García Díaz, Enrique Laguerre, Luis Arrigoitia, José Ramón de la Torre, Federico Acevedo —mi director de tesis de

\* Discurso leído el 19 de diciembre de 2007, en ocasión de su incorporación como académica honoraria.

maestría—, Arcadio Díaz Quiñones, Francisco Manrique Cabrera, Ángel Rama, Mario Vargas Llosa y demás profesores de la Universidad de Puerto Rico que fueron mis inspiradores maestros. Quiero agradecerle profundamente a mi esposo, el arquitecto Agustín Costa, su apoyo incondicional y dedicación generosa durante la escritura del maratón que fue *La Casa de la Laguna*, como de otros muchos textos. Y quiero finalmente darle las gracias al doctor Julio Ortega, quien me ha servido de Virgilio, sabio maestro y generoso mentor de mi carrera literaria, y de la de muchos escritores puertorriqueños. Le agradezco de todo corazón a Luce López Baralt su apoyo y amistad sincera durante muchos años, desde que éramos condiscípulas de las clases de Mario Vargas Llosa en la UPR.

Me gustaría señalar cómo la generación de escritores puertorriqueños a la que pertenezco, la generación del setenta, contribuyó a mantener la lengua viva. Nuestra generación fue la primera de la literatura puertorriqueña que experimentó, de manera dramática e impactante, con la lengua literaria —hecho todavía por estudiar—. Desde muchos foros, entre ellos las páginas de la revista *Zona de carga y descarga*, los escritores de entonces nos tiramos a mar abierto, rompiendo esquemas y reglas a pleno pecho, violentando ortografía y sintaxis, incorporando a la literatura el lenguaje supuestamente soez de la calle, inventando neologismos según las circunstancias lo imponían, asimilando, en fin, todo el variegado vocabulario que el mundo tecnológico, científico y multicultural de hoy exige. Umberto Eco proclamaba la “obra abierta” y nosotros tratábamos de inventar un lenguaje sin principio ni fin, sin signos de puntuación ni distinciones sociales, sin letras minúsculas ni mayúsculas. El primer editorial de *Zona*, de inequívocos ecos surrealistas, leía:

“De *Zona* se puede siempre entrar y salir libremente, zona cuerpo de huecos, sonailusión, sonasonora, sonanó sagrada como un juego nuevo que se juega sin leyes brinca la tablita que yo la brinqué (carga), bríncala tú ahora que yo me cansé (descarga). Denunciamos la pomposidad de las revistas cargadas de cornisas, entabladuras, editoriales columnas jonicasdoricascorintias, sin taxis, corremos patines por las galerías de la lógica y de la escolástica porque tienen unas losas grandes que son chéveres y aceitamos los bolines y

desaparece el yapaqué yapaqué yapaqué de las aceras y los dientes se deslizan silenciosos y tranquilos hasta la eternidad”.

Esta rebelión de los escritores del setenta tuvo mucho que ver con la lucha por los derechos civiles que se inició a nivel mundial en el '68. En París y en Méjico los estudiantes se habían unido a los obreros para marchar por un mundo más libre y más justo. Fue en el 1970 que se publicó el primer ejemplar de la revista *Zona de carga y descarga*, en la cual se hicieron presentes un gran número de los escritores y artistas del setenta, como por ejemplo Manuel Ramos Otero, Luis César Rivera, Francis Schwartz, Tomás López Ramírez, Zilia Sánchez, Luis López Nieves, Juan Antonio Ramos, Etnairis Rivera, Iván Silén, Edgardo Rodríguez Juliá, Olga Nolla, Vanessa Droz, Ivonne Ochart y muchos otros. Luis Rafael Sánchez publica en *Zona* #5, un capítulo de su novela inédita, *La guaracha del Macho Camacho*, que se publicaría en el 1976 y es la obra central en la renovación de la literatura puertorriqueña. Luis Rafael pasa a ser la figura más prominente de la generación del setenta, por el uso revolucionario de su lenguaje.

Hasta nuestra generación, los escritores puertorriqueños se destacaron por la pulcritud y corrección de su lengua literaria. Desde Manuel Alonso hasta José Luis González —pasando por la obra de Enrique Laguerre, Tomás Blanco, Antonio S. Pedreira, René Marqués, Pedro Juan Soto, Emilio Díaz Valcárcel, entre muchos otros—, los escritores puertorriqueños hacían esfuerzos evidentes por usar un español clásico, elegante, culto, que no pusiera en duda en el más mínimo grado la identidad hispana. Fueron respetuosos de las normas gramaticales y de las reglas del decoro lingüístico, como convenía a una intelectualidad que pertenecía a la gran casa cultural latinoamericana, habitada por múltiples pueblos. El escribir y hablar un español correcto era parte de un orgullo puntilloso, que afirmaba nuestra dignidad frente a una difícil situación política.

La rebeldía y ruptura de la generación del setenta cambió todo esto. Más que contra el padre, nuestra rebelión fue contra la madre, contra la lengua materna que había cobijado a los escritores puer-

torriqueños por tanto tiempo. Los escritores del setenta se rebelaron contra unas normas clásicas que estaban resecaando el alma de nuestra literatura. Se necesitaba más juego, más espacio de libertad. Escritores de tendencia anarquista como Iván Silén, Juan Ramón Meléndez (El Che), libre pensadores volterreanos como Edgardo Rodríguez Juliá, feministas como Liliana Ramos, Olga Nolla y Ana Lydia Vega fueron instrumentales al cultivar una nueva mentalidad contestataria de todo orden y todo dogma. Conocíamos las obras de los surrealistas, que Ángel Rama examinaba en sus clases, y en Puerto Rico existía un precedente importante: la lección recibida de los refugiados republicanos de la Guerra Civil española, que nos enseñaron a validar tales visiones. Lo que significó para nuestra isla la presencia continuada y creativa de figuras como Francisco Vázquez (Compostela), Cristóbal Ruiz, José Vela Zanetti, Ángel Botello Barros, Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez, entre otros, aún está por estudiarse cabalmente.

En *Zona de carga y descarga* cultivamos un espacio de libertad que fue muy criticado por su falta de compromiso con una visión marxista socialista. La izquierda nos tildaba de elitistas y de estar encerrados en una torre de marfil, y la derecha nos acusaba de radicales y terroristas intelectuales. Era cierto que comparada con las fundamentales revistas como *Asomante* (luego *Sin Nombre*) y, también, *Guajana* y *Ventana*, *Zona* trató de hacer algo completamente diferente. Estábamos de acuerdo con los parámetros de la independencia, pero no nos suscribíamos a ideología alguna y creo que no nos sentíamos cómodos con ningún partido político. Protestábamos contra lo que nos parecía una sociedad anquilosada, contra un pasado que había que superar quebrando los esquemas tradicionales de la sociedad, de la política, de la Iglesia, de la literatura y de la alta cultura. La importancia que fue cobrando la literatura escrita por los puertorriqueños en el exilio a partir de los sesenta contribuyó a la aceptación de un lenguaje literario menos "puro", más poroso a la experimentación de lo que se había admitido antes. El incremento del uso del inglés en nuestro vernáculo a partir del 70, la inescapable mezcla de ambas lenguas en un Spanglish contradictorio, a la vez enriquecedor y lamentable, fue también una

realidad inescapable. La lengua de un pueblo cambia constantemente, y como decía Juan de Valdés en su *Diálogo* de 1530, “escribo como hablo” —la lengua sigue al uso, y no a la inversa—.

A lo largo de mi trayectoria como escritora esta preocupación con la ruptura y renovación del lenguaje como forma de vida ha sido central. Incluso cuando salió publicada *La casa de la laguna* (*The House on the Lagoon*) en el 1995, mi primer libro publicado en inglés (del cual existía una primera versión al español que nunca salió a la luz), mi intención fue, en primer lugar, alcanzar un público de lectores más amplio, y en segundo lugar, despertar a la lengua del letargo de la perfección en que se hallaba sumida. Considero de suma importancia el valor de la rebeldía, sea en el existencialismo vivencial y en actitudes anarquistas de base estética, en un momento en que las tendencias hacia el fundamentalismo y el terrorismo son la orden del día.

Reconozco que en mi obra, y en mi persona, sentí siempre el “duelo” —el enfrentamiento— de dos tradiciones literarias y de dos lenguas diferentes. Sin darle paso jamás al Spanglish en mi obra, mi propia experiencia fue que al escribir en inglés logré incorporar aspectos diferentes de ese idioma a la corriente central de la literatura puertorriqueña. Era como ver el mundo por lentes distintos, que ampliaban la manera de entender la vida. Lo expresé en el poema “Corriente alterna” publicado en el libro *Duelo del lenguaje*:

“El inglés es un lenguaje aerodinámico  
en él los pensamientos se disparan  
como relámpagos...”

“Nuestra lengua es muy distinta.  
Es húmeda y profunda,  
con tantas curvas y meandros que nos hace sentir  
astronautas del útero...”

Pero hay otra acepción de la palabra “duelo” que es importante en ese libro. Su título es ambiguo, y el duelo se refiere también al canto fúnebre por el español de nuestros amados Lope de Vega y Cervantes, un mundo clásico en vías de perderse, que no se podrá

recuperar. Eso también me duele profundamente. Por otra parte, la literatura en lengua española se ha renovado en sus grandes momentos, gracias al diálogo plurilingüístico: con el italiano, gracias al poeta Garcilaso de la Vega; con el francés, gracias a Rubén Darío; con el inglés, gracias a Borges. En Puerto Rico, ese diálogo ha sido con las lenguas populares vivas, creativas y críticas, y el español es hoy, para los más jóvenes, con las tecnologías de la comunicación, una nueva lengua popular.

Mi nombramiento como miembro honorario de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española me llena de alegría, porque valida mis posiciones vitales y también las que he asumido como escritora. El nombramiento reconoce el valor de la rebeldía y su importancia justo en un momento —el presente— en que cobran bríos peligrosas tendencias fundamentalistas de todo tipo. Me honra profundamente, además, porque a través de ese reconocimiento se valida mi trabajo con la lengua y el cambio que propició en ella toda una generación de la que me enorgullezco en formar parte.